

El gran pez 2003 (Tim Burton)

Lo que queda del padre

Existe una logia secreta de hijos de padres demasiado importantes que al fin se mueren de cáncer. De larga data, a pesar de la extravagante pero férrea conexión que los mantiene unidos, sus miembros rara vez se conocen entre sí. Supongo que también debe existir una de hijos de padres humillados o golpeadores que un día se mueren de un infarto o en accidentes viales; y así sucesivamente. Porque los padres se mueren. En ocasiones con facilidad, en otras, según dicen algunos, se requiere un enorme esfuerzo.

Fui a ver El Gran Pez tres veces. Solo y con mis dos hijos. Primero con uno y después con otro. En ambas ocasiones me pasé la mayor parte de la película tratando de que no se notara la congoja. Cuando fui solo, no hizo falta represión. A veces pienso que uno va al cine para llorar sin que lo vean. Bah, tampoco sé si es congoja. No sé como se dice cuando uno irremediabilmente siente que está por llorar, que el asunto es inminente. ¿Compungido? No creo, porque el diccionario dice que compungido es un ser atribulado, dolorido. Y que compunción es el sentimiento o dolor de haber cometido un pecado o el sentimiento que causa el dolor ajeno. Y no es eso precisamente lo que aconteció. Ni pecado ni culpa. Ni amargura ni tragedia. Tampoco alegría o dolor. Es una extraña cosa en el cuerpo que luego de unos ciento veinte minutos de imágenes, termina saliendo por los ojos en forma líquida. Esa es mi definición del cine que hace llorar. Existe, por supuesto, el que hace reír, morir de miedo, suspirar o hacer muecas, etc. El cine, cuando me gusta, es una perturbación, en el sentido más lato del término. Una agradable perturbación. El cine que no me gusta es aquel del cual nada sale. Nada se mueve, ni aquí ni allá. Pero no crean demasiado en la taxonomía porque cada uno tiene el derecho de hacerse su propia película.

Una amiga de la secta me contó que resistió hasta que vio aparecer el remedio (alimento) contra el cáncer destinado al gran pez padre. *Era el mismo que tomaba mi papá*, me hizo saber. Es curioso porque para la misma época fui a ver la segunda parte de aquella otra película lejana llamada *La decadencia del imperio americano (Las invasiones bárbaras)* y nada de congoja ni de cositas. Me aburrí mucho, aun cuando un padre importante se moría al fin. Al parecer, no todo padre que se muere forma una secta. Así de caprichoso es el cine. Por suerte.

Un gran pez es una película sobre padres e hijos, es decir, una película 100% educativa, aun cuando el adjetivo se haya vuelto improbable. Abundan las pelis de padres e hijos. Hay para todos los gustos. Desde el magnífico **Goodfather** hasta el más grande, el único e inimitable **Homero Simpson**. Hace unos años compilé una serie de escenas cinematográficas (con padres y con hijos) con el objetivo de trabajar en los cursos de grado y postgrado, la cuestión de la autoridad. Me parece que está bueno compartir algunas en tanto rodean la cuestión que nos interesa. Allí van:

La celebración, película hostil a los buenos sentimientos en la que un padre perverso es descubierto en su impostura por su hijo (violado reiteradamente por el padre en su infancia), en un memorable discurso pronunciado en ocasión de su cumpleaños número sesenta. **El regreso**, con un rudimentario, enigmático y áspero padre que vuelve súbitamente a su hogar luego de diez años y maltrata a sus hijos. **Padre Padrone**, un clásico sobre el padre patrón, la dominación, el servilismo, la humillación y las formas de salir de la familia y sacarse de encima todo eso. **Belleza Americana**, donde hay dos padres de esos que se ven (se aman y/o detestan) hoy en día. Hay una escena donde uno besa al otro. Y **El gran pez**, claro. Se me ocurre agregar ahora al inexperto y restringido padre de **Un papá genial**. También al padre looser, malogrado émulo de Peter Drucker, de la encantadora **Little Miss Sunshine**, al tremebundo y “sacado” de **Una historia violenta**, al cerdo inexplicable y detestable de **Historias de Familia**, que atosiga sin tregua a su hijo, y al futbolero denso de la recientísima y por cierto hermosísima **Liberó**.

Padres e hijos. La lista es interminable.

En el Gran pez hay, como mínimo, dos Padres y dos hijos. Entre los padres, uno es Edward Bloom (interpretado en su versión de viejo parlanchín y moribundo por el notable Albert Finney, y en su versión joven, por Evan Mc.Gregor), excesivo, con dificultad para no brillar, ocupa todo el espacio, es casi el centro del universo y se alimenta de fábulas. Su actividad fundamental es contar historias, desopilantes, exageradas, desproporcionadas, y morir. Un megalómano perfecto. Nada lo detiene. Ya sea a la hora del nacimiento, el casamiento o la muerte, ahí está para hacerse notar. En lo que respecta a la eficacia que su narración despierta en su hijo, recuerda al Homero Simpson que cada vez que emprende una historia sobre su pasado y el de su familia, obtiene una pronta y segura huída filial.

El otro padre es William Bloom (Billy Crudup) el propio hijo juicioso de Edward. Apagado, agobiado, aturdido, tanto por los excesos (y los efectos especiales) como por la cháchara. Es un chico exitoso. (Si el plan es indagar la dimensión de lo exitoso en las relaciones padre-hijo, sugiero visitar una novela de Martin Amis que lleva ese nombre *-Éxito-* y cualquier cosa de Philip Roth, experto en padres, además de la reciente y hermosa *Mi oído en su corazón* de Janif Kureishi). Pero volvamos a William. Periodista que persigue solo hechos, profesionalmente incrédulo y, a pesar del suceso profesional, un poco tonto. William es hijo de un Padre por partir y Padre de un hijo por venir. Y de eso conversa con su padre, quien le dice:

-La llegada de un hijo lo cambia todo, cambias pañales no duermes, despiertas a mitad de la noche...

- ¿Hiciste algo de eso?

- No. Pero oí que es terrible. Uno gasta años tratando de corromper y desencaminar a un hijo... llenando su cabeza con cosas sin sentido...para que finalmente crezca perfectamente bien.

- ¿Piensas que ya estoy listo?

- *Aprendiste del mejor.*

¿Padre grande, hijo chico? ¿Padre demasiado grande, cómo me lo saco de encima? También hay una familia y la película cuenta lo que cuesta activar una familia. La historia del gran pez es la del padre que al fin se muere y es la historia de aquello que los afectos *circundantes* deciden hacer con lo que de él queda al morir. Porque lo único que queda de un hombre al morir, según dice con una notable y económica belleza el sociólogo Norbert Elías, es lo que le ha dado a otros hombres. La muerte, dice, no oculta ningún misterio, no abre ninguna puerta. Es el fin de un ser humano y lo único que queda de un ser humano al morir es lo que le ha dado a otro ser humano. Por si algún distraído no lo ha notado, esa es la definición misma de educación que supieron dar dos padres de la pedagogía, dos de los más grandes o pesados, como dicen los estudiantes: Rousseau y Kant, en ese orden. Todo lo que carecemos al nacer no es dado por la educación. Al fin y al cabo somos (la voy a dar versionada) lo que hemos conseguido hacer con lo que nos ha sido dado. Y por si algún otro distraído no lo ha notado, el verbo que caracteriza a la cosa educativa es ese, dar.

¿Cómo hacerse (y deshacerse de) un padre?

Una educación se cumple cuando uno se va. ¿De dónde? ¿Hacia dónde? De la familia, de la casa, de la escuela. Más allá del Padre y de la Madre, de la maestra y el profesor. Más lejos, a otro lugar. Parece que esa operación no se produce espontáneamente. Exige un esfuerzo enorme. Algunos lo consiguen y arman su propia vida. Otros abandonan. Kafka escribió esas cartas memorables dirigidas a su padre. Freud inventó el psicoanálisis. Acabo de leer algo sobre los padres de Hitler y Stalin. Es un poco tremendo, poco aleccionador pero didáctico. No sé de donde sacaron los conservadores que no hay más padres, están por todos lados.

No siempre las aproximaciones que se llevan a cabo desde otros vocabularios vinculados a las ciencias sociales, tales como la filosofía, el psicoanálisis, la sociología o la antropología, consiguen establecer cierto indispensable lenguaje común con eso que llamamos educar. Porque para poder hablar con otro se precisa compartir, como mínimo, algunos términos y reglas. Muchas veces el diálogo es imposible o produce hastío. Existen, en ese sentido, unos pocos libros felizmente instructivos que han circulado entre la casta pedagógica durante estos últimos años. Todos indican ciertos caminos a seguir para quien se embarca en el estudio de las relaciones siempre difíciles entre viejos y nuevos (o entre lo viejo y lo nuevo), entre lo pasado y lo porvenir, entre antepasados y herederos, entre tradición e innovación. *Los contrabandistas de la memoria* de Jacques Hassoun, *Espectros de Marx* y *Mal de Archivo*, de Jacques Derrida, o los *Abusos de la memoria* de Todorov, por citar los que primero acuden a mi mente. Adriana Puiggrós y Graciela Frigerio se han encargado de que llegaran a nosotros.

Básicamente, en mi caso, lo que aprendí leyendo esos libros es que el pasado no es otra cosa que el resultado de un trabajo siempre por hacer. Que el pasado, como decía Borges, es arcilla que el presente labra a su antojo,

interminablemente. Aprendí que los padres pesan o son pesos pesados, que son omnipotentes y/o ausentes, que no siempre aceptan renunciar a su omnipotencia y que no siempre toleran la diferencia o la variación. Muchas veces aman a sus hijos, poco o demasiado. Aprendí que la herencia es siempre una tarea y que cada quién termina por fabricarse, como puede y a tientas, un padre. Y que para que ese deporte tenga su premio es preciso lidiar con la ambigüedad que supone el deseo de ir más allá y la imposibilidad de hacerlo. Cito un poco de Hassoun:

“Es el caso del zapatero armenio, del tendero judío, del campesino francés o del minero galés que *desean* que su hijo sea médico, profesor, abogado, aunque no ignora que en ese proceso, vacilarán sus propios emblemas, que en esta aventura sus creencias y convicciones más valoradas sufrirán modificaciones capaces de alejar a su hijo del contexto étnico-social de sus antepasados. Ese *padre* que posibilita la discontinuidad será el mismo que permite que las separaciones no sean desgarradoras”.

Pero ha sido un educador, Philip Meirieu, quien mejor ha señalado la complejidad de lo que está en juego, cuando se trata de transmisión y descendencia, en la tarea de educar. Es difícil no reparar en la perspicacia del título mismo del libro que todos leímos (no dejen de hacerlo los que aun no lo han hecho), llamado Frankenstein Educador. ¿Qué dice ahí Meirieu? Que la enseñanza es obligatoria y el aprendizaje una decisión. O, como bien sabía Kant, que la responsabilidad en educación es siempre adulta. O que para que alguien se pueda ir más allá del Padre, se precisa un Padre y en esa tarea uno está, en cierta medida, irremediablemente solo. Pero también el libro alerta respecto a las fantasías pedagógicas de fabricación. Un padre puede (los ejemplos sobran) pretender calcar, imprimir punto a punto, escribir, copiar o replicar parte de su vida o la de sus antepasados, en sus crías. Pero esa operación está de entrada condenada al fracaso, por suerte. Es ese fracaso lo que nos distingue de todas las especies y nos empuja a la variación.

Como en la cita de Elías que mencionamos, el gran Pez gira alrededor de lo que queda y de lo que es posible hacer con lo que queda. El padre está por morir y el hijo, súbitamente, se percató de que no sabe quién es. Se han peleado años atrás a causa de su desmesura, arrogancia o, inventemos, insoportabilidad. No es fácil tener un padre todo el día hablándote al oído. *A decir verdad* -dice el hijo- *nunca hablamos sobre el tema de no hablarnos*. Y agrega: *La verdad es que yo no veía nada en mí de mi padre y creo que él tampoco veía algo de él en mí. Éramos extraños que se conocían uno a otro muy bien*. Pero la previa muerte, como mucho tiempo atrás el nacimiento, los reúne. Y la conversación es la siguiente:

- *Papá*
- *Hijo.*
- *¿Podemos hablar?*
- *Creo que voy a lavar los platos.*
- *Yo te ayudo.*
- *¿Conoces a los iceberg papá?*

- *¿Si los conozco? Vi un iceberg una vez. Lo trasladaron hasta Texas para obtener agua potable. No se dieron cuenta que tenía un elefante congelado dentro. Una gran especie, un mamut...*
- *Papá!*
- *¿Que?*
- *Estoy tratando de hacer una metáfora.*
- *Pensé que era una pregunta, porque la gente quiere repuestas a las preguntas. Si me preguntabas si sabía lo que es un iceberg, te digo que sí.*
- *El tema es que en el iceberg solo podemos ver el 10%, el otro 90% está bajo el agua pero no podemos verlo. Eso es... Eso es lo que pasa contigo papá. Solo puedo ver esa pequeña porción que asoma sobre el agua.*
- *¿Dices que no puedes ver mi nariz, mi boca, mi...?*
- *Papá lo que digo es que no tengo idea de quién sos. Porque nunca me has contado un solo hecho.*
- *Te he contado cientos de hechos, te he contado historias.*
- *Me has contado mentiras papa, me contaste mentiras comunes. Son historias que puedes contarle a un niño de 5 años, pero no historias mitológicas a tu hijo que ya tiene 10, 15, 20 hasta 30 años. Yo te he creído. Yo he creído tus historias más tiempo de lo que debí. Después me di cuenta que todo lo que me contabas era imposible y me sentí un tonto por haberlas creído. Tú eras como Papa Noel y el conejo de Pascua combinados, tan reales y tan falsos.*
- *¿Piensas que soy un fraude?*
- *No quiero decir eso, pero es todo lo que he visto. Mira. Estoy a punto de tener, un hijo propio. Y me mataría si él no podría conocerme en toda su vida.*
- *Te mataría, ¿verdad? ¿Estuve equivocado? ¿Quién quieres que sea?*
- *Solo tú mismo. Bueno, malo, solo muéstrame de una vez quién eres.*
- *No fui nada más que yo mismo desde el día que nací. Y si no puedes ver eso es tu problema, no el mío.*

Tu problema, no el mío. ¿De quién si no?

¿Decir la verdad?

La traidora imaginación es lo que hace a todo el mundo, todos somos invenciones recíprocas, todos somos imágenes evocadas por la magia de los demás. Todos somos autores recíprocos (P. Roth).

Edward Bloom es un mitómano, al menos para su hijo. Para Burton y para muchos de nosotros, alguien que cuenta cuentos, ficciones, incluso un poco encantador. Un rato de Edward, para animar una reunión, no está nada mal. Para William, que es quien cuenta a los espectadores la historia del contador de historias, no dice la verdad y, de esa manera, no hay forma de acercarse a él. Ese es el reproche, un reproche epistemológico al que estamos habituados los educadores. No te conozco (padre, tutor o encargado), dime quién eres. Quiero saber lo que

efectivamente pasó, lo que efectivamente sos, la verdad verdadera que está hecha de hechos.

Dos problemas emergen sin demasiada dificultad y muestran el carácter dubitativo de la demanda de conocimiento. Por un lado, la siguiente afirmación: sólo si conozco al otro, tengo acceso a la verdad de lo que el otro es. Michel Foucault, en un pasaje memorable de su obra, recuerda el instante en que se deja de juzgar a la gente por lo que hace y se comienza a juzgarla por lo que es. Nace ahí el deporte de la indagación, la encuesta, el examen, ese anhelo vehemente de querer saber quién es el otro. ¿Quién eres tú? ¡Dime! Sólo si me dices quién eres podré relacionarme con vos. Todo funciona como si el desconocimiento del otro impidiera el acceso a la verdad de su ser. Esta preeminencia de la voluntad de conocer (lo que el otro es) por sobre el hacer, ha sido poco estudiada en el terreno educativo.

Un Filósofo esloveno (Slavoj Zizek) suele afirmar que tal vez tenga cierta utilidad distinguir distintos tipos de desconocimiento. Existe una forma del desconocimiento (que denomina epistemológico) que puede ser despejado. En efecto, desconozco la función de la membrana plasmática o los meandros de la Revolución Francesa. Eso que no sé, puede ser sabido y la ignorancia despejada. Un buen profesor de biología o de historia, pueden hacer mucho al respecto. Pero existe un tipo de desconocimiento que no puede ser despejado. Y es el que se hace presente en las relaciones humanas. Hay algo del otro que se escapa para siempre. Algo que no puedo calcular ni saber de antemano. Una expresión paradójica, que debería ser usada para pensar las consecuencias del creciente afán por conocer a los alumnos, a sus familias, sus características especiales y a la totalidad de lo que los rodea, puede venir en nuestra ayuda: *ahora sé realmente quién sos*. Como es sabido, esa expresión suele anticipar una separación. Ahora que sé realmente quién sos, ya no tengo ningún interés en estar contigo. Como si una vez que uno accede a la verdad de lo que el otro es (al núcleo mismo de su ser), el encanto o la atracción, inexorablemente, se diluyen.

No olviden el reclamo de William a su padre gran pez. ¿Quién sos?

¿Será posible abandonar esa pregunta? ¿Será que el enigma que plantea tiene alguna función importante?

¿He sido un buen padre? ¿Quién entre nosotros no lanzó a rodar semejante cuestión? Homero Simpson la vuelve a hacer en un capítulo no menos memorable en el que descubre, luego de un pequeño test al que lo somete su esposa, que no es un buen padre. El resultado del test es cero, y Homero es enviado rápidamente para hacer un tratamiento de cómo-ser-un-buen-padre, en una patética (por lo familiar y escolar que resulta) “Escuela para padres”. Porque existe algo de ese tenor, aunque usted no lo crea.

El segundo problema es el que atañe a las relaciones entre verdad y ficción. ¿Quién dice la verdad? ¿Cómo? ¿Se puede decir la verdad con la ficción? ¿Se puede decir la verdad mintiendo?

Navegando por la Web en búsqueda de ideas sobre el Gran Pez, encontré un texto de un historiador que se llama Pablo Hupert y que apoya la aventura de Burton. El texto se titula *La verdad de algunas mentiras*. Para explicarnos su argumento central, Hupert se detiene casi en el final de la película, cuando el turno de morir llega para el gran pez Padre. En su lecho, se despierta sobresaltado y le pide a su hijo (supuestamente agobiado por sus cuentos) que le cuente. ¿Qué cosa? Pide que le cuente cómo termina, es decir, cómo termina el cuento de su vida, cómo es que va a morir. Un cuentero que le pide a otro, su hijo, repentinamente devenido también él en cuentero, que siga contando. Cuentero al cuadrado. La transmisión entendida como una cadena de cuentos. Como dice mi amigo Leandro de Lajonquiere, psicoanalista y pedagogo, lo importante es contar, seguir contando. Cuando un pibe se va a dormir y alguien le enseñó la suma y la resta, puede contar ovejitas y así dormir y soñar. ¿Qué no puede quien no ha sido jamás contado?

La imaginación trabaja. No es sólo aquello que se opone a la razón. Hace rato ya que sabemos que no es posible salirse del lenguaje para referirse al mundo. Sabemos que nuestro acceso al mundo se realiza a través del lenguaje. Sabemos que aún para separar algo del orden de la realidad, de lo que no lo es, precisamos recurrir al lenguaje. La famosa y siempre sospechosa expresión: “*basta de palabras, hechos*”, está hecha de palabras. Como diría el Filósofo americano Richard Rorty, el mundo no habla. Los que hablamos somos nosotros. Y los cambios que producimos o que se producen en nosotros mismos o en otros seres, como es el caso de William, están hechos, en cierta medida, de esa misma estofa. Dice Rorty:

“(…) Las personas cambian sus proyectos básicos, cambian aquellas partes de su autoimagen que previamente han considerado más valiosas. Sin embargo, la cuestión es si ello ocurre alguna vez como resultado de una discusión. Quizás ocurra así alguna vez, pero ello es sin duda excepcional. Esas conversiones son, típicamente, una sorpresa tanto para la persona como para sus amigos. La frase “es una persona nueva, no la reconocerías” significa, típicamente, “ya no ve el sentido o la pertinencia o el interés de los argumentos que proponía desde la acera de enfrente”. Sin embargo, el sentido común, como la filosofía griega, piensa que las conversiones deberían producirse como resultado de una discusión. El sentido común espera que esas conversiones no sean como enamorarse de golpe de una persona muy diferente sino, más bien, como ir reconociendo de manera gradual la forma de la propia mente (...) Más exactamente tenemos que admitir que los seres humanos normales, adultos, socializados y entrenados adecuadamente protagonizamos un conjunto peculiar de relaciones. Los seres humanos somos capaces de usar lenguaje y, por ello, somos capaces de describir cosas. Los números y las fuerzas físicas pueden ser mayores o más grandes, pero no pueden describir a otro como mayor o más grande. Las plantas y los otros animales pueden interactuar, pero el éxito de sus interacciones no depende de que encuentren redescrpciones más o menos provechosas de los otros. Nuestro éxito es encontrar tales redescrpciones”.

El gran pez padre (denso, pesado, por momentos insoportable), provisto de un enorme repertorio de descripciones extravagantes, como en una carrera de postas, le pasa a su hijo un modo, una forma, una manera de contar. Le pasa, en suma, una herencia. Y uno puede ver el esfuerzo notable que permite, luego de haberse ido de allí (de cierto agobio paterno), volver reconciliado y listo para ser, a su vez, algo parecido a un padre. Otro padre, distinto.

La película de Burton bien podría llamarse *lo que un hijo puede hacer con su padre*. O viceversa. Y eso es lo que nos orienta en todo momento. Recordemos, hay un hijo nacido en el inicio y uno que aun no nació, el de Will. ¿Qué hará con las historias de su abuelo? ¿Qué con el trabajoso esfuerzo de su padre por comprenderlo? ¿A quiénes se dirigen las historias, los cuentos, las ficciones? ¿Quién manda cuando se trata de transmitir? Tal vez la clave la encontremos al final. Allí, el hijo de Will y nieto de Edward, cuenta, describe, narra, a sus amigos necesariamente incrédulos, una de las tantas historias familiares. La incredulidad de sus compinches lo obliga a lanzar una pregunta (por cierto hermosa) que todos hemos formulado ¿O no que es así, papá?

La respuesta es la correcta: sí, más o menos así.

¿Qué hará uno con eso, con lo que nuestros padres nos han contado? ¿Quién sabe? ¿Transmitir? ¿Dar historia/s a las nuevas generaciones? ¿Contar a los que habrán de nacer? Si el nacimiento es lo que aún no existe ¿no vive de eso la educación? ¿De lo que aún no existe? ¿De lo que aún no es? ¿De lo que puede ser?

Ficha técnica

Título: El gran pez (The big fish)

Dirección: Tim Burton.

País: USA.

Guión: John August; basado en la novela de Daniel Wallace.

Fotografía: Philippe Rousselot.

Música: Danny Elfman.

Año de estreno: 2003.

Interpretes: Ewan McGregor (Edward Bloom joven), Albert Finney (Edward Bloom mayor), Billy Crudup (William Bloom), Jessica Lange (Sandra Bloom), Helena Bonham Carter (Jenny/Bruja), Alison Lohman (Sandra joven), Robert Guillaume (Doctor Bennett), Marion Cotillard (Josephine), Matthew McGrory (Karl), Danny DeVito (Amos), Steve Buscemi (Norther Winslow).

Filmografía

El cadáver de la novia (2005)
Charlie y la fábrica de chocolate (2005)
El gran pez (2003)
El planeta de los simios (2001)
¡Marte Ataca! (1996)
Ed Wood (1994)
Batman vuelve (1992)
El joven manos de tijera (1990)
Batman (1989)
Bitelchus (1988)
La gran aventura de Pee-Wee (1985)

Algunas películas sobre padres, hijos y familias

Belleza americana (American Beauty) Sam Mendes (1999)USA
El Hijo (Le fils) Jean-Pierre Dardenne Luc Dardenne (2002) Belgium-France.
El Niño (L' Enfant) Jean-Pierre Dardenne Luc Dardenne (2005) Belgium-France.
El padrino (The godfather) Francis Ford Coppola (1972).
El regreso (Vozvraschenie) Andrey Zvyagintsev. (2003) Rusia.
Liberio (Anche libero va bene) Kim Rossi Stuart (2006)
Historias de familia (The squid and the whale) Noah Baumbach (2006) USA
La Celebración (Festen) Vinterberg (1998) Dinamarca
Me casé con Marge. Los Simpsons. Temporada 3. Mat Groening. (1991/1992) USA.
Padre Padrone. Paolo y Vittorio Taviani (1977) Italia
Pelle el conquistador (Pelle Erobreren) Bille August (1998) Dinamarca.

Pequeña Miss Sunshine (Little miss Sunshine) Jonathan Dayton, Valerie Faris (2006) USA.

Un papá genial (Big Daddy) Dennis Dugan (1999) USA.

Links

www.elamante.com

<http://www.cinew.com.ar/criticas/el-gran-pezo-de-tim-burton.html>

<http://www.sonypictures.com/movies/bigfish/site/index.php>

Referencias Bibliográficas

DERRIDA, J; Roudinesco, E. (2003) **Y mañana qué...** Buenos Aires. FCE.

FOUCAULT, Michel (1990) **La vida de los hombres infames**. Madrid. La Piqueta.

HASSOUN, Jacques (1996). **Los contrabandistas de la memoria**. Bs. As.: Ediciones de la Flor

KURESIHI, Janif (2004) **Mi oído en su corazón**. Madrid. Anagram

MEIREU, P. (1998) **Frankenstein educador**. Barcelona: Laertes.

NORIEGA, Gustavo. *Mentime que me gusta* En Revista el amante cine. Año 13. N° 142. Febrero 2004.

ROJAS, Eduardo. *Devorador de pescados*. En Revista el amante cine. Año 13. N° 142. Febrero 2004.

RORTY, Richard (1991) **Contingencia, ironía y solidaridad**. Buenos Aires. Paidós.

ROTH, Philip (2003) **Patrimonio**. Buenos Aires. Seix Barral.

ROTH, Philip (2006) **La contra vida**. Buenos Aires. Seix Barral.